

EN VENEZUELA,

¿NO PASA NADA?

EDITORIAL

—Y... ¿en Venezuela?

—En Venezuela ¡no pasa nada!

Esta frase, tan contundente y segura, nos llena de preocupación.

Sí, reconocemos que las noticias internacionales son preocupantes, son desoladoras. Guerra fratricida en Viet-Nam; genocidio en Biafra; revueltas estudiantiles en Francia, Alemania, Checoslovaquia, México, España...; hasta la misma Iglesia, columna tantas veces de seguridad, contagiada de interrogaciones y rebeldías en Holanda, Brasil, Estados Unidos...

Pero, al aterrizar en Venezuela, escuchamos la frase rotunda y segura: **¡Menos mal que en Venezuela no pasa nada!**

Y, al parecer, en Venezuela no pasa nada. Nuestro problema internacional con Guyana apenas ha interesado a la gran masa: en resumen, **nada**. Las revueltas estudiantiles en nuestras Universidades y Liceos se esfuman sin que resulte **nada**. Algunos desacuerdos con respecto a ciertas actuaciones de la Iglesia son interpretados como cosas de advenedizos que de Venezuela no saben **nada**. Todo un sector venezolano, amplio y venerable, está sólidamente convencido de que en Venezuela no pasa **nada**...

A nosotros nos preocupa mucho esta persuasión. Si esta interpretación fuera toda la verdad, sería el peor juicio de un país. Sería un juicio de su estancamiento total. Opuesto, concretamente, a lo que debe ser la realidad básica de Venezuela: un país dinámico, en vías de desarrollo acelerado, y no hay un desarrollo significativo sin un sacudimiento estructural.

Somos totalmente opuestos a la afirmación: **En Venezuela no pasa nada**. En Venezuela sí están pasando cosas memorables e inquietantes que manifiestan nuestra real inserción en

las preocupaciones del mundo actual. Sería lamentable que no fuéramos conscientes de ello; y mucho más lamentable que los responsables de los diversos sectores de nuestra organización social se empeñaran en ocultarlas.

EL PROBLEMA GENERAL

Haciendo una generalización —todas las generalizaciones son peligrosas y limitadas— podemos afirmar que la efervescencia e inquietud del mundo moderno está encerrada en la siguiente afirmación: **Las formas existentes de organización humana en los aspectos político, económico, social y religioso no están respondiendo a las expectativas del hombre actual; por lo tanto, se impone la necesidad de transformarlas en otras que respondan mejor**. Esta afirmación queda confirmada con hechos deplorables de la política internacional, con la lucha entre los diversos sistemas económicos, con la concientización de los desequilibrios sociales y con el replanteamiento a fondo de lo religioso ante las realidades de la secularización y de la llamada **Teología de la muerte de Dios**.

La realidad venezolana nos confirma que el problema general nos toca en cada uno de sus aspectos: en política internacional nos afecta el suceso de la Guayana Esequiba avivado con la sublevación de Rupununi. En política nacional, la inseguridad personal, el despilfarro de los recursos nacionales, el uso de los puestos políticos para enriquecimiento personal... El caso del Concejo Municipal de Petare parece ser la expresión extrema de una actitud bastante generalizada. En lo económico-social, la existencia misma de nuestras barriadas de marginados como reflejo de la desconsideración de la persona humana por un sistema incapaz. En lo religioso, la suntuosidad externa de la Iglesia, contrastada con la pobreza del servicio prestado a los pobres, como un signo de desadaptación a la realidad venezolana.

Ante estos acontecimientos se están dando reacciones por las que difícilmente podemos mantener la afirmación de que en Venezuela no pasa nada. Es verdad que somos un pueblo sufrido y alegre que hasta ahora ha rechazado a los que proponen una generalizada revuelta; pero hay hechos, no por esporádicos menos significativos, que manifiestan el despertar de una conciencia hasta ahora adormecida. La existencia, excesivamente prolongada, de las guerrillas hace reflexionar sobre la presencia de razones que les sostenga en una posición tan extrema; la toma, aunque fuera por unas horas, del barrio La Silsa por un grupo armado no deja de ser un signo de rechazo y de burla a nuestra seguridad interna; airadas peticiones de mayor

participación en todos los sectores del mundo estudiantil ponen en duda nuestro sistema educacional; manifestaciones de desaprobación durante la inauguración de templos monumentales nos indican un desacuerdo con la dirección pastoral de la Iglesia.

DOS ACTITUDES CONTRAPUESTAS

Ante tales hechos se ha manifestado una doble actitud: una, la de aquellos que descubren los signos de una esperanzada transformación de nuestro sistema tradicional y las propician para acelerar el cambio; otra, la de aquellos que minimizan su valor hasta calificarlos de loca inconsciencia de la juventud o traición a nuestras instituciones e intentan sofocarlas en flor.

El resultado positivo o negativo de este enfrentamiento dependerá de la mayor o menor apertura con que cada posición mire a su oponente. Si cada una de ellas es defendida como un absoluto, el resultado será la imposición externa, más o menos violenta, del extremo más fuerte. Y en Venezuela, hoy por hoy, la posición tradicional, la de quienes creen que básicamente todo marcha bien, que somos un país privilegiado, que tenemos abundantes recursos económicos, que nuestro pueblo está políticamente maduro..., es la posición más fuerte.

El peligro de toda imposición de fuerza, aunque sea institucionalizada, está en que, al no haber un consenso total en esa posición, los grupos en desacuerdo se verán obligados a buscar el mismo instrumento de fuerza para hacer oír sus puntos de vista y los choques violentos son inevitables.

SUPERACION DE OBSTACULOS

Comprobamos que el mundo entero se encuentra en un proceso de transformación vertiginosa. No podemos sustraernos a su marcha ni soslayar los signos de los tiempos. Hay pueblos ya avanzados en este proceso de transformación; otros se encuentran en plena efervescencia; otros, en fin, despertando apenas de su idílico letargo medieval. De la historia, siempre buena maestra, debemos aprender la orientación de nuestro esfuerzo, aunque la realización haya de ser algo nuestro, de acuerdo con nuestras virtualidades y manera de ser.

La realización armoniosa de toda transformación significativa supone la superación de dos dificultades previas: la primera consiste en el natural apego a lo vivido y sentimentalmente querido; la segunda es el miedo al riesgo de formas nuevas, todavía no experimentadas. La superación madura de estas dos dificultades determina una actitud de **DIALOGO** con los líderes de los cambios; la no superación provoca una actitud de cerrada **OPOSICION** a toda proposición nueva.

Aunque sea muy difícil dar con el paso de una transformación acertada, sin embargo sabemos que el diálogo es la única forma con garantía de éxito. El Papa Juan XXIII expresó esta dificultad con una de sus típicas frases llenas de filosofía popular: "Unos quieren que ponga el pie en el freno, y otros que lo ponga en el acelerador." Tanto el freno como el acelerador suponen que el vehículo está en marcha, y esta verdad, aplicada a Venezuela, no la podemos ocultar. Si la frase "Menos mal que en Venezuela no pasa nada" fuera verdad, significaría que están teniendo éxito quienes tratan de ocultar que Venezuela es un vehículo en marcha, y esto supondría una inconsciencia fatal.

La actitud de los representantes de las estructuras venezolanas nos hace pensar que todavía no han superado las dificultades arriba citadas. Sus reacciones ante los reclamos de la juventud nos inducen a ello. Los jóvenes, como representantes auténticos de los cambios acelerados, son tratados como simples destructores, rebeldes sin causa, desconsiderados con la labor de sus progenitores, revolucionarios... La actitud revolucionaria es naturalmente atractiva a la juventud, pero esa tentación se afianza cuando tropiezan con el muro de la incompreensión. Además, se ven con mucha más claridad las cosas

que están mal; es mucho más difícil presentar un sustituto mejor.

El argumento del miedo al riesgo, como freno a los cambios reclamados, es de doble filo. ¿No será más peligroso correr el riesgo de aferrarnos a un sistema en decadencia? ¿No nos estaremos apoyando en la simplicidad del argumento de que "más vale malo conocido que bueno por conocer"?

UNA REFLEXION SINCERA

Una reflexión sincera es la base para acertar en las "tomas de decisión" peligrosas. Ninguna más delicada que nuestra decisión ante los airados reclamos de la juventud. Si no los consideramos seriamente, si no los escuchamos con sinceridad, nuestra actitud los impulsará más y más a la violencia.

La sinceridad lleva consigo un esfuerzo continuo para eliminar toda imagen que no corresponda a la realidad social. Esto tiene vigencia tanto en la forma de concebirla como en la forma de vivirla. Tenemos el peligro de engañarnos con una imagen basada en los ideales de los forjadores de nuestra nacionalidad y no en los datos estridentes de su realización histórica. Las apreciaciones de la juventud, aunque nos duelan las formas, deben ayudarnos a esa adecuación.

Se nos puede argüir de alarmistas; de desestimar la madurez de nuestro pueblo; de no darnos cuenta de su relativa satisfacción con respecto a otros pueblos marginados. Hemos seguido de cerca un estudio realizado para descubrir la actitud psicológica de uno de nuestros barrios; conocemos también la sorpresa de los investigadores al descubrir que tenían un grado de insatisfacción menor de la que, a juzgar por sus condiciones externas, se podría esperar. Sin embargo, descubrieron también que una razón importante del hecho consistía en que su indigencia actual todavía era menor que la que tenían en sus regiones de origen. La paz basada en un argumento tan deficiente no puede ser duradera. Y la inmovilidad apoyada en ese mismo argumento es falta de sinceridad.

Paralelamente a lo que hemos dicho con referencia a lo social, la sinceridad supone el no tener una imagen falsa de la Iglesia, una imagen que no corresponda a la realidad. Siendo la religión **VIDA**, la sinceridad significa la aceptación del vivir actual de la fe y una disposición operante de eliminar toda discrepancia entre el ideal y la realidad del vivir personal. El peligro de inmovilidad, basada en un ideal sagrado de la Iglesia, es todavía más peligrosa. Mons. Eugenio de Araujo Sales lo recaló en la segunda conferencia general del CELAM celebrada en Medellín:

"Uno de los más grandes peligros que se presentan es de un lado, la inmovilidad; y del otro, el apego a las situaciones fáciles. Es trágica la tranquilidad de los Pastores que no perciben las señales de una tempestad que se anuncia."

Hemos destacado en Venezuela algunas de esas señales a nivel político, social y religioso. Señales que nos vienen en forma de inquietudes, reclamos y protestas. Puede que las formas nos parezcan estridentes, como nos parece estridente la música con que se conmueve la juventud; pero sería lamentable que no fuéramos capaces de escuchar el mensaje que nos transmiten. En Venezuela ¡sí están pasando cosas!

Recientemente, un teólogo seglar de la hermana república argentina terminaba una de sus conferencias en la UCAB con la siguiente afirmación: —No se puede consentir que en nombre de ideas nuevas se trate de destruir el probado sistema tomista.

A lo cual nos atrevemos a añadir:

—Tampoco se puede consentir que en aras del genial sistema de Santo Tomás se trate de destruir toda nueva idea que, tal vez, responde mejor a las ansiedades del mundo de hoy y quiere expresar el mensaje cristiano en un lenguaje nuevo.